

LAS PRIMARIAS REPUBLICANAS DE 1968: RICHARD NIXON Y LA MODERNIZACIÓN DEL CONSERVADURISMO SUREÑO

DAVID SARIAS
Universidad de Sheffield
d.sarias@sheffield.ac.uk

(Recepción 20-09-2007; Revisión: 14-12-2007; Aceptación: 02-03-2008; Publicación: 31-10-2008)

1. INTRODUCCIÓN.—2. TOMANDO LA INICIATIVA: ALTERNATIVAS SUREÑAS DE APOYO A RICHARD NIXON.—3. ESTRATEGIAS SUREÑAS: RIVALES REPUBLICANOS.—4. LA CONVENCIÓN NACIONAL REPUBLICANA.—5. CONCLUSIÓN.—6. BIBLIOGRAFÍA.—7. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

RESUMEN

A partir de la campaña de 1968, la mayor parte de los estudios que evalúan la relación entre Richard Nixon y el sur conservador se han centrado en el giro a la derecha del primero. Es decir, se centran en el «giro sureño» de Nixon, de su campaña electoral, de su gobierno y, en última instancia, del escenario político nacional. Este artículo propone que aquella relación fue mucho más compleja y se basó en gran medida en el fenómeno opuesto: en el «acercamiento al norte» y la creciente modernización de los conservadores sureños. Esto supone una nueva percepción de las estrategias seguidas por el conservadurismo norteamericano para incrementar su influencia política y superar la marginalización que venía sufriendo desde los años 40 y 50.

Palabras clave: Estados Unidos, primarias de 1968, partido republicano, Richard Nixon.

THE 1968 REPUBLICAN PRIMARIES: RICHARD NIXON AND THE MODERNIZATION OF SOUTHERN CONSERVATISM

ABSTRACT

Ever after the campaign of 1968, most accounts describe the relationship between Richard Nixon and the conservative South as one based upon Nixon's shift to the right

or «southernisation» of himself, his campaign, his administration and, ultimately, of national politics to achieve electoral success. This article proposes that this relationship was considerably more complex and rested, ultimately, in precisely the opposite phenomenon: the «northernisation», or increasing relative moderation of the conservative southern Republicans. Thus, in 1968 Nixon did not actually approach the southerners. They approached him. This is a new insight into the strategies pursued by American conservatives to overcome marginalisation and penetrate mainstream politics.

Key words: United States, 1968 primaries, the Republican party, Richard Nixon.

1. INTRODUCCIÓN

Poco antes de la Convención Nacional republicana de 1968, Strom Thurmond, senador para Carolina del Sur y líder reconocido de los blancos conservadores del sur, recordó a sus electores de Carolina del Sur que «no tenemos alternativa a votar por Nixon si queremos ganar.» Por si alguno no se hubiera convencido, continuó enfatizando que «debemos dejar de usar el corazón y comenzar usar la cabeza. A mí [también] me gusta Reagan, pero Nixon es el hombre» (1). Con estas palabras, Thurmond había roto con una de las características más duraderas de la política presidencial americana. Desde los años del New Deal el escenario político americano había sido dominado por el control casi absoluto de la presidencia por el Partido Demócrata. Exceptuando los dos mandatos de Eisenhower (1952-1960), la Casa Blanca había sido controlada por los demócratas de forma ininterrumpida durante un período de veinte años, seguido por otros ocho años más después de Eisenhower. El éxito de los demócratas se basaba, a su vez, en una sólida coalición electoral construida por Franklin Roosevelt, que había unido los votos de las clases media, baja y obrera en todo el país bajo un mismo paraguas político que también incluía la lealtad, casi absoluta, del electorado sureño. En otras palabras, paradójicamente, el sur era a la vez la parte más conservadora de los Estados Unidos y la base de apoyo más sólida del partido del liberalismo progresista (2).

La explicación de tal contradicción se encuentra en los antecedentes y secuelas de la Guerra Civil (1861-1865). Antes de la guerra, el Partido Republicano se convirtió en morada del abolicionismo político, además durante y después del conflicto un gobierno republicano abolió la esclavitud y sometió al sur a una ocupación militar. Desde entonces, por debajo de la línea Mason-Dixon, «republicano» fue sinónimo de traidor («scalawag» en jerga sureña) o explotador norteño («carpet-bagger»). Hasta finales de los años sesenta, prácticamente todos los oficiales electos en el sur y los representan-

(1) CHESTER, (1969): 448.

(2) Se utiliza aquí el término «liberal» en su acepción norteamericana, radicalmente opuesta a la europea y traducible también como «socialdemócrata» o «progresista».

tes democráticos de la región en Washington DC eran demócratas y, en lo que se refiere al proceso electoral, la política sureña se resolvía en las primarias demócratas (3).

Era inevitable que se produjesen tensiones de forma recurrente entre las tendencias progresistas del Partido Demócrata nacional, y sus militantes conservadores en el sur. Ya en 1948 un nutrido grupo de líderes demócratas sureños organizaron una campaña presidencial independiente bajo el liderazgo de Strom Thurmond. En 1964, Thurmond y muchos de sus compañeros conservadores abandonaron el partido para siempre y se incorporaron al Partido Republicano entonces bajo el liderazgo del candidato conservador Barry Goldwater. Entretanto, el sur conservador se convirtió en una parte integral del movimiento conservador estadounidense, que en esa época fue liderado por los intelectuales asociados al semanal *National Review*. De hecho, a medida que avanzaba la década de los cincuenta y el sistema político se anclaba cada vez más en las ideas liberales y progresistas, los políticos conservadores del sur se convirtieron en la punta de lanza del movimiento conservador en la arena política (4).

Desde el final de la II Guerra Mundial, mientras crecían las desavenencias entre los demócratas sureños y los nacionales, los republicanos disputaron su propia guerra civil, en la cual los líderes de talante liberal se enfrentaron a un ala conservadora cada vez más fuerte. Los primeros, encabezados por hombres como el gobernador del estado de Nueva York Nelson Rockefeller, encontraron su base de apoyo en el norte y nordeste, y aceptaron los elementos básicos del consenso liberal-progresista reinante, llevando a cabo lo que los conservadores llamaban, con desprecio, la política del «Yo también». La presidencia moderada de Dwight Eisenhower tal vez fuera el mayor éxito político de estos republicanos liberales. En cuanto a los conservadores republicanos, tocaron fondo con la derrota de Robert Taft en las elecciones primarias de 1952, y luego se recuperaron paulatinamente durante los décadas de los cincuenta y sesenta, hasta 1964 cuando conquistaron la nominación republicana a la presidencia para su candidato, Barry Goldwater.

El año 1964 fue crítico, porque fue entonces cuando toda esta presión llegó a un punto decisivo. La victoria de Goldwater en las primarias fue sintomática del firme control que los republicanos conservadores mantenían sobre las filas del Partido. Posteriormente Goldwater, con sólo el 38,4% del voto, sufrió la peor derrota en unas elecciones presidenciales hasta la fecha. Sin embargo, los dos detalles más relevantes de la elección fueron, primero, que Goldwater sólo venció en los 5 estados del «sur profundo» (Alabama, Georgia, Louisiana, Mississi-

(3) Para dos excelentes relatos de la evolución de la política sureña ver BARTLEY, (1995); BLACK y BLACK, (2002).

(4) RUSHER, entrevista con el autor; BUCKLEY, entrevista con el autor; PRICE, (1977): 320; «Other Favourite Sons», *Battle Line*, (marzo 1967); «The Conservative Coalición», *Battle Line*, (marzo 1967); «Election Forecast», *National Review*, (6 noviembre 1962).

ppi y Carolina del Sur) además de su estado natal, Arizona, produciendo así una inversión exacta del patrón tradicional de la política presidencial: el candidato republicano sólo había ganado en el sur. A partir de ahí, nadie podría ignorar la fuerza del sur dentro del partido. Segundo, la dimensión de la derrota se explicaba, por lo menos en parte, porque los republicanos liberales (y norteños) como Rockefeller y el gobernador de Pennsylvania William Scranton, o le negaron a Goldwater su apoyo o se opusieron activamente a su candidatura. Para muchos republicanos, y desde luego para todos los conservadores, fue un acto de traición que no olvidarían. En 1964, Richard Nixon no cometió ese error. Aunque se opuso a la candidatura de Goldwater en las primarias, una vez que éste se convirtió en el candidato designado del partido se empleó a fondo en su causa (5). Cuando se acercaba la convención republicana de 1968 cuatro años después, la campaña presidencial de Richard Nixon fue capaz de atraer un apoyo creciente de la conservadora ala sureña del partido.

Después de la campaña de 1968, la mayoría de los analistas ha entendido la relación entre el equipo de Nixon y el sur conservador como basada en la «sureñización» por parte de Nixon de sí mismo, de su campaña, de su gobierno y, finalmente, de la política nacional en su conjunto (6). Según esta visión, la campaña de Nixon maniobró para captar el capital político de los republicanos sureños con el fin de asegurar su victoria contra dos competidores conservadores: Ronald Reagan, que amenazó al californiano desde dentro de las filas del partido durante la temporada de las primarias, y George Wallace, el gobernador de Alabama, que amenazó con descarrilar las posibilidades de Nixon en la elección general. Según esta versión estándar, la estrategia de Nixon culminó cuando, como resultado de su intenso y duradero cortejo de los líderes conservadores del Sur republicano, éstos le entregaron el voto sureño al futuro presidente durante la convención (y más tarde en las elecciones generales) y por tanto aseguraron su victoria (7).

Sin embargo, hay que poner en perspectiva tanto el comportamiento de Nixon como el de los sureños. Este artículo propone que, aun cuando está claro que Nixon dio un giro hacia el conservadurismo sureño, también es cierto que los conservadores sureños experimentaron un cambio de estrategia notable

(5) MIDDENDORF, (2006): 178.

(6) «The Nixon Political Strategy», *St. Louis Post-Dispatch*, (21 septiembre 1969); SHADDEGG, (1969): 205-206; «Thurmond counts his rewards», *The Washington Post*, (3 enero 1972). Para ejemplos de análisis de la estrategia sureña de Nixon, ver EDWARDS, (1999): 161-164; RUSHER, (1984): 209,214-216.

(7) Para versiones contemporáneas ver WILLS, (1970): 255; CHESTER, (1969):446-447; DENT, (1978): 76-77; para una visión general de la literatura especializada ver CANNON, (1982): 162-164; BRENNAN, (1995): 126; O'REILLY, (1995): 281-284. Desde este punto de vista, el quid de la cuestión era el supuesto conservadurismo de Nixon y por eso el desplazamiento de los conservadores sureños hacia el centro apenas se registró al norte de la línea Mason-Dixon durante la época y en la literatura especializada desde entonces. Unas pocas excepciones a esta regla se pueden encontrar en SANDERS, (2002): 332-359; BADGER, (1999): 517-534; HOROWITZ, (1988).

cuando optaron por modernizar su enfoque político. Hasta 1968 los políticos blancos conservadores del sur procuraban mantenerse en sus cargos apelando de forma altamente emotiva a la «tradicición sureña» y oponiéndose frontalmente a la legislación sobre derechos civiles que emanaba de las, en su mayoría demócratas, autoridades federales. Se trataba, pues, de una estrategia política principalmente simbólica que, a la vez, satisfacía las demandas de sus electores blancos y era la razón por la que el sur conservador permanecía fuera de un consenso político dominante que aborrecía la discriminación legal de la minoría negra. Todo eso cambió en 1968. En un cambio realmente importante, el sur blanco conservador se decantó por apoyar, por primera vez, un candidato que no era ni demócrata ni un conservador aguerrido. En otras palabras, los líderes políticos optaron por «norteñizar» su estrategia política al apoyar, en Richard Nixon, un candidato republicano relativamente moderado que había propugnado las ideas básicas del consenso progresista en cuestiones raciales (8).

El factor clave que motivó a los sureños blancos a abandonar su enfoque tradicional hacia la política, de inclinación radical, fue la experiencia de la elección presidencial de 1964. La prensa de la época, concentrada en escudriñar la sureñización de Nixon, no evaluó adecuadamente el hecho de que los dirigentes republicanos conservadores en el sur estaban preocupados principalmente por la necesidad de evitar una repetición de la catástrofe electoral sufrida por el partido en 1964. Los sureños eran completamente conscientes de que, como consecuencia de la debacle de Goldwater, el gobierno demócrata de Lyndon Johnson había podido adelantar sin tregua su programa legislativo, relativamente radical, de derechos civiles en el marco de la «Gran Sociedad». Contra esto el sur conservador no sólo pudo oponer tácticas dilatorias que si bien retrasaban el ritmo legisla-

(8) Esta versión no debe confundirse con el planteamiento revisionista que intenta presentar a Richard Nixon y su gobierno como básicamente liberal tal y como mantienen, por ejemplo, HOFF (1994) y KOTLOWSKI, (2000). Aunque es cierto que los sureños se desplazaron al centro en su búsqueda de un candidato presidencial, es igualmente cierto que esperaban a cambio un planteamiento conservador a sus demandas. Y lo recibieron. En 1968 el sur ya había dejado de luchar contra la discriminación *de jure*, legalmente codificada, e intentaba mantener la discriminación de hecho, presuntamente «espontánea». Por consiguiente, Nixon siguió apoyando formalmente la legislación sobre derechos civiles mientras en la práctica ponía fin a todos los intentos federales por impulsar, por ejemplo, la desegregación escolar. La táctica del gobierno consistió en transferir la cuestión al sistema judicial (llegando a veces al extremo de apoyar a las direcciones escolares dominadas por blancos contra la NAACP). Por si cupiera alguna duda, Nixon explicó con bastante claridad su punto de vista acerca de los derechos civiles en dos discursos presidenciales pronunciados dos años más tarde. Destaca su «Statement About Desegregation of Elementary and Secondary Schools», *Public Papers of Richard Nixon: 1970* (Washington DC, 1972). Por otra parte, la gratitud y la satisfacción de los sureños puede medirse a través de la correspondencia, extática, que los directivos republicanos sureños enviaron a Harry Dent, el oficial de enlace entre la Casa Blanca y el sur. Ver, por ejemplo, «Resolución adoptada por la Asociación Sureña de Presidentes Estatales Republicanos reunidos en Washington D.C., el 10 de diciembre de 1971». F. Harry Dent, Box 3, Patrick Buchanan Papers, Richard Nixon Presidential Papers, National Archives, Washington D.C.

tivo no podían ni alterarlo ni detenerlo (9). En 1968 los líderes del sur conservador abandonaron la estrategia que habían seguido durante décadas: de la oposición frontal e ideológicamente cargada a favor de una estrategia de negociación y maniobra que incluía la aceptación parcial de la legislación de derechos civiles. En otras palabras, después de 1968, el sur conservador culminó su lento cambio hacia una nueva «política de lo posible» que finalmente allanó el camino para una creciente influencia del conservadurismo sureño y para el conservadurismo en general en la política nacional estadounidense (10).

Cuando en 1968 Thurmond les pedía a sus hombres «dejemos de utilizar el corazón y empecemos a usar la cabeza», quiso decir que, a diferencia de 1964, el líder del sur conservador estaba dispuesto a aprobar un candidato aceptable pero que fuera capaz de (por este orden) ganar en las elecciones generales, mostrar alguna comprensión hacia los sureños blancos en su momento de dificultad, y tal vez permitir que se volviera a sentir la influencia sureña en la formación de políticas federales. Thurmond no estaba solo. De hecho, Nixon no tuvo que acercarse a los sureños. Ellos se acercaron a él.

2. TOMANDO LA INICIATIVA: ALTERNATIVAS SUREÑAS DE APOYO A RICHARD NIXON

La política de EEUU se ha definido como una «campana permanente» y tal afirmación no tiene mucho de exagerado (11). En cuanto se hubieron contado los votos en noviembre de 1964 comenzaron las maniobras políticas dentro del Partido Republicano de cara a las presidenciales de 1968. En unos meses los dirigentes conservadores nominados por el equipo de Goldwater fueron purgados del partido al tratar el ala liberal de recuperar el control del aparato republicano (12). Como era previsible, los conservadores desarrollaron sus propias estratagemas. Un ejemplo significativo se produjo ya en 1966 cuando un grupo de dirigentes republicanos conservadores se reunió en Atlanta para hablar de la perspectiva política. Entre los asistentes estuvieron Fred LaRue, representante de Mississippi en el comité nacional republicano; John Grenier, líder del partido en Alabama; Charles Middendorf, el tesorero nacional del Partido Republicano y un conservador norteno de Connecticut estrechamente vinculado con Roger Milliken de Carolina del Sur; y Peter O'Donnell, líder de los republicanos en Texas y uno de aquellos activistas intensamente conservadores que luchaban por dominar el ala sureña del Partido Republicano. Al igual que la mayoría de los republicanos sureños, estos hombres habían estado profundamente involu-

(9) BARTLEY, (1995): 395.

(10) SANDERS, (2002): 332-339; BADGER, (1999): 517-534; HOROWITZ, (1988).

(11) BLUMENTHAL, (1980).

(12) MIDDENDORF, (2006): 232-233.

crados en el emocionante triunfo de las primarias republicanas de 1964 y, más importante, también habían sufrido el varapalo de la humillante derrota de Goldwater en la campaña nacional. Hacia 1968 estos hombres eran impulsados por dos intereses primordiales: evitar que un candidato de tendencias liberales capturase la nominación republicana, y evitar otra catástrofe como la de Goldwater en la elección general. Como lo expresó un activista republicano, en 1968 la dirección republicana sureña estaba «decidida que esta vez su selección sería decidida por el razonamiento y por la lógica» (13). Es decir, por las posibilidades de victoria del candidato. Y estos hombres decidieron que ese candidato no era otro que Richard Nixon. Durante las primarias de 1964, Nixon había declarado que una victoria de Goldwater sería una «tragedia» y que el partido debía «rechazar y repudiar» sus opiniones. De hecho, Nixon siempre lamentó que la campaña de Goldwater había permitido que los republicanos pudieran «ser retratados como temerarios y racistas» (14). Sin embargo, durante la campaña nacional Nixon, a diferencia de los liberales dentro del Partido Republicano, trabajó sin descanso a favor de Goldwater. En 1966, ciertos sureños parecían no pedir más.

Mientras el grupo de Atlanta consideraba las ventajas de nominar a Richard Nixon, el propio Nixon viajó a Columbus, Carolina del Sur, para pronunciar un discurso en una función para recaudar fondos a favor de candidatos republicanos al Congreso. Según Harry Dent, presidente del partido en aquel estado y estrechamente vinculado a Strom Thurmond, él mismo había «vendido la estrategia sureña a Nixon» mientras le llevaba al aeropuerto. Cuando Nixon hizo referencia a su intención de presentarse en 1968, Dent le recordó el apoyo que Thurmond le había prestado a Goldwater en 1964 y lo decisivo que había resultado dicho apoyo durante las primarias. Posteriormente, alrededor de Dent se formaría otro grupo embriónico de apoyo a Nixon que incluía al presidente republicano en Mississippi, Clarke Reed; William (Bill) Murphyn de Florida; y más tarde, Howard (Bo) Callway de Georgia. Llamados a veces el «grupo de Greenville», por sus frecuentes reuniones en la casa de Reed en la localidad del mismo nombre en Mississippi, estos hombres, igual que los que se reunían en Atlanta, habían elegido a su favorito presidencial antes de que el propio candidato hubiera iniciado su campaña en serio o cortejado a los dirigentes sureños (15).

La primera acción del grupo de Atlanta, en abril del mismo año, fue disponer que Fred LaRue y Peter O'Donnell organizaran una reunión con Nixon, que se celebró en su bufete en Nueva York, para averiguar si estaría dispuesto a presentarse si fueran capaces de estimular suficiente apoyo dentro del partido.

(13) SHADEGG, (1969): 65; MIDDENDORF, (2006): 103.

(14) Citado en AMBROSE, (1989): 51; y en MIDDENDORF, (2006): 103; ver también REICHLEY, (1981): 53; KOTLOWSKI, (2001): 23.

(15) DENT, (1978): 6, 77, 85.

El candidato lo estaba. Nixon también estaba dispuesto a cumplir con las únicas peticiones que postularon los sureños como condiciones previas para darle su apoyo: que el ahora candidato se abstuviera de microgestionar toda la campaña, algo considerado por casi todos los republicanos como su perdición en la reñida elección presidencial de 1960 frente a Kennedy. Conscientes de los efectos que una campaña abiertamente sureña había tenido en el caso de Goldwater, la segunda condición era que Nixon mantuviera a su nueva fuente de apoyo discretamente alejada de la mirada pública durante la etapa inicial de la campaña. LaRue y O'Donnell no plantearon ninguna otra cuestión ni ninguna otra petición antes de volver al sur para organizar un «Comité Directivo Secreto» y para convertirse efectivamente en un elemento clave dentro de la campaña de Nixon (16).

En diciembre de 1966, el grupo, que ahora colaboraba estrechamente con los hombres de Nixon, contribuyó a contratar a Gaylord Parkinson, ex presidente del Partido Republicano de California y mejor conocido por sanear las heridas resultantes de las encarnizadas luchas internas dentro del partido estatal y de las cuales Nixon fue víctima en las elecciones a gobernador en 1962. Ese grupo, ya en marzo de 1967, también había nombrado a Parkinson director de la organización «Nixon para Presidente» con sede en Washington DC. Desgraciadamente, la organización de Parkinson en Washington tuvo conflictos con la organización del propio Nixon en Nueva York, que estaba bajo el control de John Mitchell, entonces un desconocido socio del bufete de abogados del candidato. O'Donnell viajó a Nueva York para tratar de resolver la situación, (y para recordarle a Nixon sus promesas anteriores acerca de microcontrolar la campaña) sin éxito. Poco después, Parkinson abandonó «Nixon para Presidente» y O'Donnell dimitió de la presidencia del Comité Directivo. Sin embargo, aunque ambos abandonaron la campaña de Nixon, lo hicieron discretamente y evitando que se produjera publicidad dañina sobre el hecho de Nixon no cumpliera su parte del acuerdo. O'Donnell siguió apoyando activamente la candidatura de Nixon, igual que su socio y paisano tejano el senador John Tower, que se negó a sustituir a Parkinson alegando (con razón) que sería más útil trabajando para Nixon sobre el terreno en el sur que trasladándose a Washington DC. LaRue continuó integrado en la campaña oficial (17).

Aunque Nixon estuviera dispuesto a ignorar la ayuda sureña dentro de los niveles directivos de su organización, no hizo lo mismo cuando se trató del apoyo de los sureños en otro aspecto de la campaña. El servicio principal, y totalmente decisivo, prestado tanto por el grupo de Atlanta como por el de Greenville sería conducir a los delegados sureños a la convención republicana hacia el bando de Nixon. Poco después de sondear las intenciones de Nixon, O'Donnell organizó una reunión de la Asociación Sureña de Presidentes Repu-

(16) SHADDEGG, (1969): 66; WHITE, (1968): 52; MIDDENDORF, (2006): 244-245.

(17) SHADDEGG, (1969): 113-114; WHITE, (1968): 53.

blicanos en diciembre de 1966, justo antes de la reunión del Comité Nacional Republicano que se celebraría en Nueva Orleans en enero de 1967. El objetivo de la reunión era averiguar la popularidad de Nixon como potencial candidato dentro del ala sureña del Partido Republicano, e iniciar un esfuerzo sostenido para evitar cualquier suma de apoyos para algún candidato alternativo. Curiosamente, O'Donnell, LaRue y sus socios no coordinaron del todo sus actividades a favor de Nixon con el grupo de Greenville. De hecho, este último siguió un enfoque similar pero cualitativamente distinto.

O'Donnell y sus hombres se habían comprometido formalmente con Nixon aun antes de saber que tenía la intención de presentarse y posteriormente se convirtieron en un componente formal de la campaña: aun después de la salida de O'Donnell del Comité Directivo, LaRue siguió formando parte de la organización de Nixon y Tower trabajó incansablemente a lo largo y ancho del sur. No pasó lo mismo con los hombres de Greenville. En vez de comprometerse públicamente con Nixon, Dent y sus socios eligieron mantener la apariencia externa de indecisos. Este enfoque tenía sus raíces, nuevamente, en la campaña de 1964, en la cual Strom Thurmond y el resto del Partido Republicano sureño habían declarado su apoyo a Goldwater en las fases iniciales de la campaña, perdiendo así cualquier poder de negociación con el candidato. Además, aunque la dirección republicana consideraba a Richard Nixon un mal menor, o un candidato tolerable, las bases generalmente hacían caso omiso de consideraciones tan complejas y pensaban que Nixon, un californiano que como vicepresidente había apoyado las iniciativas de Eisenhower en materia de derechos civiles, era demasiado norteño y que simpatizaba demasiado con la difícil situación de los afroamericanos. Además, incluso dentro de la cúpula nadie se fiaba completamente de Nixon. Por eso, Dent y sus socios propusieron una estrategia de «tomarlo con calma y mantenernos unidos». O, en otras palabras, de animar a las distintas delegaciones sureñas a no comprometerse abiertamente con el fin de de extraer más concesiones y garantías del candidato (18).

En la superficie, las diferentes estrategias causaron algunos conflictos pre- visibles entre el grupo de Atlanta que, siendo parte de la campaña de Nixon, se dedicaba abiertamente a la caza de delegados, y el grupo de Greenville, que intentaba desesperadamente evitar que las delegaciones sureñas se acercasen demasiado a ningún candidato determinado. De hecho, las diferencias nunca fueron muy grandes: tanto los hombres de Greenville como los socios de Harry Dent elaboraron en un pequeño ejercicio de traición mutua con la intención de mantener la atención y la buena disposición de Nixon (19). Lo más importante era que el comportamiento de toda la cúpula sureña entre 1966 y 1968 representaba un enfoque sustancialmente diferente del sur republicano y conservador hacia la política nacional. Lejos de las estrategias de antaño, temperamentales

(18) DENT, (1978): 79.

(19) CHESTER, (1969): 439, 443.

y basadas en la ideología, esta vez dos grupos de dirigentes republicanos conservadores decidieron apoyar a un candidato que todos consideraban un moderado aun antes de que Nixon se dedicara abiertamente a hacer campaña en serio. Un sector considerable de la cúpula sureña participó abiertamente en la campaña como tal, y al final, aun cuando Nixon no cumplió con las limitadas exigencias de estos hombres, como en el caso de Gaylord Parkinson, los sureños siguieron respaldando al candidato. A medida que 1968 se acercaba, los dirigentes conservadores sureños se convirtieron en un elemento fiel y crucial para conseguir apoyos para la candidatura de Richard Nixon. Además, lo habían hecho de motu proprio antes de que el propio candidato mostrara signos de planear un giro político hacia posturas conservadoras.

3. ESTRATEGIAS SUREÑAS: RIVALES REPUBLICANOS

La campaña de 1964 determinó las acciones de los conservadores sureños en 1968 en otro aspecto: la aparición de Ronald Reagan como el campeón conservador por excelencia. Una estrella de Hollywood de serie B, desde el otoño de 1954 Reagan había presentado una serie de programas de televisión y había realizado giras nacionales en el marco de los Programas de Relaciones Comunitarias y Laborales que General Electric organizaba para su personal. En 1964, General Electric «prestó» a Reagan a la campaña de Goldwater y hacia el final de la campaña aquél grabó un breve discurso para la televisión, «Un tiempo para elegir», que le impulsó hacia el estrellato mediático entre los conservadores (20). Unos meses después de que Peter O'Donnell y Fred LaRue se pusieran en contacto con Richard Nixon en Nueva York, el ex actor llegó a ganar la carrera para gobernador de California con una campaña casi tan conservadora como la de Goldwater en 1964 y contra el mismo oponente que había derrotado a Nixon en 1962 (21). Un actor mediocre y un excelente predicador conservador, Reagan se acababa de convertir en una seria amenaza para las posibilidades de Nixon en las primarias republicanas de 1968. Mientras Reagan se perfilaba como héroe conservador, Nelson Rockefeller había conseguido coronarse como némesis de los conservadores. Durante mucho tiempo, Rockefeller había formado parte del ala liberal del partido y había sido un firme defensor del intervencionismo estatal, de la igualdad racial y de otros valores liberales y progresistas. En 1964 se le percibió también como el líder de la facción del partido que, según los conservadores, prácticamente apoyó al candidato demócrata en la elección general. Si bien la mayoría de los republicanos sureños sintieron un entusiasmo irreprimible por Reagan, también parecían compartir un odio igualmente irreprimible hacia el gobernador del estado de Nueva York.

(20) EDWARDS, (1999): 65-66, 77-79.

(21) EDWARDS, (1999): 121-124; CANNON, (1969): 110-117, 162-164.

Ésta era una situación que los líderes republicanos sureños explotaron para aumentar su propio poder de negociación, y para hacer que Nixon cumpliera las promesas que pudiesen extraer a cambio de proteger su flanco derecho contra la amenaza de Reagan. El único defecto de tal estrategia era que Reagan no era candidato oficial. Es cierto que casi tan pronto como tomó juramento como gobernador de California, el círculo de patrocinadores conservadores que le habían apoyado en la elección estatal de 1966 comenzó a presionarle para que se presentara en las presidenciales de 1968 y ya en 1967 F. Clifton White, el cerebro detrás de la victoria de Goldwater en las primarias del 64, dirigía a todos efectos la campaña presidencial de Reagan. Sin embargo, los esfuerzos de Reagan durante 1967 y principios de 1968 se realizaban con total sigilo y se enfocaban hacia una declaración oficial del candidato a ultimísima hora. Después de todo, era poco probable que a los electores de California les entusiasmara que su flamante nuevo gobernador se presentara a la presidencia a mediados de su mandato. Había que proteger las posibilidades de Reagan de volver a salir elegido en California en 1970 en el caso de que no consiguiera la nominación presidencial en 1968 (22).

Vista tal situación, los líderes sureños pasaron a presionar a Nixon organizando por su cuenta el respaldo «espontáneo» de sus bases en todo el sur por Reagan. De hecho, esta iniciativa tuvo tanto éxito —no intencionado— que llegó a poner realmente en peligro la candidatura de Nixon. Así, ya en 1967, Peter O'Donnell y el senador Tower maquinaron la formación de una organización «Reagan para Presidente» en Texas, encabezada por J.R. (Butch) Butler, un leal líder local. En otros lugares no hacían falta tales maniobras: en el verano de 1968, Clifton White ya contaba con que el Representante James C. Gardner encabezara una facción disidente que se desprendía de la delegación de Carolina de Sur y que ni Thurmond ni Dent podían controlar. Antes de esto, Martin Fieldman, el hombre de Nixon en Florida, también informó a la campaña nacional sobre el alarmante crecimiento del incontrolable respaldo por el ex-actor (23). Mientras tanto el mismo Reagan, aunque aun no era oficialmente un candidato, aprovechó su popularidad para viajar por todo el sur respondiendo a las frecuentes peticiones de pronunciar discursos. En 1967 ganó la gratitud de los republicanos de Carolina de Sur (y especialmente de su presidente, Harry Dent) por participar en un discurso para recaudar fondos que liquidó las deudas incurridas por el partido en la elección anterior; en mayo de 1968 visitó Louisiana, Carolina del Norte y Florida, y entre junio y julio recorrió Texas, Arkansas, Virginia y Maryland (24). Incluso en las primarias estatales, aunque oficialmente Reagan ni hacía campaña ni participaba, su índice de apoyo creció del uno por ciento en New Hampshire al once por ciento en la primaria de Wisconsin en abril de 1968, y de ahí se disparó el mes

(22) WHITE, (1994): 173-175; CHESTER, (1969): 436-437.

(23) SHADEGG, (1969): 20; CHESTER, (1969): 189, 443.

(24) DENT, (1978): 78; CHESTER, (1969): 200; SHADEGG, (1969): 195.

siguiente al veintidós por ciento en Nebraska, para estabilizarse alrededor del veintitrés por ciento que obtuvo en Oregón (25). Para entonces, la organización montada por O'Donnell y Tower en Texas también había escapado de su control. Aunque consiguieron evitar que la delegación tejana a la convención fuera directamente a Reagan, los tejanos de Nixon tuvieron que transigir: en vez de respaldar a Nixon, el senador Tower fue a la convención de Miami como «hijo predilecto» de Texas y fue incapaz de conseguir más que un acuerdo de votar por Nixon si se llegaba a una segunda votación, aunque el candidato Nixon necesitaba su apoyo en la primera (26).

A mediados de 1968, la situación por debajo de la línea Mason-Dixon era tan inestable que el grupo de Greenville consiguió organizar citas con cada uno de los principales candidatos: Rockefeller, que esperaba (como parecía razonable) cosechar los frutos de la división de los conservadores entre Nixon y Reagan y pretendía limitar la aversión que le tenían los sureños; Reagan, que intentaba (con esperanzas realistas) dar la vuelta al predominio de Nixon entre los dirigentes republicanos sureños; y Nixon (ahora alarmado de verdad) que intentaba evitar que su apoyo se escindiera hacia Reagan (27). El grupo de Greenville consiguió obligar a Reagan y a Rockefeller a que visitaran Georgia, el estado de Reed: Reagan les entusiasmó pero, para alivio de sus anfitriones, persistió en negarse a declarar su candidatura. En la expresión de Harry Dent, «si hubiera pedido nuestro apoyo en el ambiente de ese momento, cargado con su presencia, el californiano lo habría recibido en ese mismo momento,» pero «un no candidato puede ser un no candidato durante demasiado tiempo.» El 19 de mayo de 1968 el gobernador volvió a cometer el mismo error en la conferencia de los Presidentes de los Estados sureños en Nueva Orleans (28).

Richard Nixon no tenía tales reparos. Se reunió con la gente del grupo de Greenville el 31 de mayo en el Marriot Hotel en Atlanta. Esta vez Nixon se dedicó a una intensa campaña de cortejo que continuaría durante toda la elección y, de hecho, toda su presidencia. Según una versión periodística, el candidato expresó su «comprensión» por las preocupaciones sureñas sobre cuestiones que iban desde los derechos civiles hasta la guerra en Vietnam o el Tribunal Supremo (29). El propio Dent fue un poco más franco. Aunque es cierto que sus reservas acerca de la capacidad de Reagan para manejarse bien en la elec-

(25) SHADEGG, (1969): 156; CHESTER, (1969): 206-208.

(26) CHESTER, (1969): 442-444.

(27) CHESTER, (1969): 446; DENT, (1978): 80-81; SHADEGG, (1969): 225; WHITE, (1968): 240-241. Otro elemento que contribuía al malestar de Nixon fue el progreso de la amenaza que representaba George Wallace, el gobernador de Alabama, como candidato populista derechista independiente. Según pasaban las primarias, se hizo cada vez más evidente que Nixon iba a necesitar la ayuda de Thurmond y de los otros sureños republicanos para evitar una hemorragia mortal de votos conservadores hacia Wallace. Para un análisis exhaustivo de esta cuestión ver CARTER (1995).

(28) DENT, (1978): 80; CHESTER, (1969): 445.

(29) *Ibid.*

ción general fueron un elemento importante, el nativo de Carolina del Sur afirmó con claridad que en última instancia «Reagan no fue mi preferido en 1968 porque Nixon afirmó lo que la gente en el sur quería oír» (30). Después de la reunión, Dent telefoneó al senador Thurmond, que voló a Atlanta en un avión alquilado ese mismo día. Al día siguiente, primero de junio, Thurmond y un grupo aún mayor de activistas republicanos sureños volvieron a interrogar a Nixon. Al final de la reunión Thurmond se comprometió con la causa del candidato, una vez que Nixon mostró su compromiso de apoyar la mayoría de los requerimientos sureños, no sólo en cuestiones de raza sino también en otros temas como defensa y Vietnam (donde Nixon propuso un vago acuerdo de «paz con honor») (31).

Fue tres semanas más tarde, en una reunión de una delegación de Carolina del Sur unánimemente a favor de Reagan, cuando el senador se vio obligado a ordenar a su grey que «dejaran de usar el corazón». De hecho, fue más allá y declaró: «Apuesto mi prestigio, mi trayectoria de cuarenta años de vida pública, estoy apostando todo esta vez» a favor de Richard Nixon (32). En el momento culminante de meses de esfuerzos, la delegación de Carolina del Sur, a diferencia de los tejanos de John Tower, fue a la Convención Nacional Republicana en Miami Beach comprometida (con recelos) por la candidatura de Nixon. Durante los meses que precedían a la Convención Nacional Republicana, la dirección republicana sureña utilizó sus credenciales conservadoras para manipular la candidatura de Ronald Reagan, su candidato natural, con el fin de aumentar su influencia sobre Richard Nixon, a quien todavía se consideraba un candidato moderado y centrista, y un hombre de quien desconfiaba tanto las bases como los mismos dirigentes conservadores sureños. Las severas dificultades que los dirigentes sureños padecieron en sus intentos de controlar el apoyo natural de que disfrutaba Reagan entre el electorado sureño es un síntoma que delata lo antinatural que resultaba para los activistas políticos sureños una estrategia política racional y carente de bases ideológicas. Nixon, por su parte, sólo comenzó a acomodar en serio las quejas y reivindicaciones políticas de los sureños en las semanas anteriores a la convención y a causa de la presión que sus propios aliados en el sur habían alimentado contra él.

4. LA CONVENCION NACIONAL REPUBLICANA

Tal vez no sea sorprendente que los primeros operativos de Nixon en llegar a Miami Beach fueron de hecho sureños. Harry Dent y Fred Buzhardt, compañero de Dent en el equipo de Strom Thurmond, viajaron a Florida antes del

(30) DENT, (1978): 81.

(31) CHESTER, (1969): 447; DENT, (1978): 207.

(32) CHESTER, (1969): 448.

resto de la delegación con el fin de preparar el terreno para Nixon. Dos semanas más tarde, Reagan fue el primer candidato que llegó a la convención. Entre ese momento y el discurso de aceptación, se desarrolló una dolorosa batalla entre los hombres de Nixon y las fuerzas de Reagan. No siendo el candidato idóneo ni para los republicanos liberales ni para los conservadores, la fortaleza de Nixon estribaba en su relativo éxito durante las primarias (las había ganado todas, pero se había presentado prácticamente en solitario) y en una frágil coalición de republicanos liberales y conservadores que, igual que los sureños, querían un candidato presidencial capaz de derrotar a quienquiera que presentaran los demócratas, y encontraron en él un candidato aceptable, aunque lejos de ser idóneo. Puesto que la mayoría de los delegados ya comprometidos con él sólo lo estaban para la primera votación, el plan de Reagan consistía en ir mirando el apoyo a Nixon desde la derecha. Tanto Reagan como Rockefeller pretendían llevar la nominación hasta una segunda o incluso tercera votación con la esperanza de desestabilizar las fuerzas de Nixon.

Una vez más, el plan de la dirección sureña de utilizar a Reagan como una baza en las negociaciones funcionó casi demasiado bien: a final ganó Nixon, pero con sólo 26 votos por encima de la mínima de 667. Es un testamento de la disciplina sureña y de la habilidad de su dirección que casi la mitad de aquellos votos fueran sureños (33). Como era previsible, los dirigentes del movimiento conservador asociado con la *National Review* reaccionaron con furia a los ataques, por fin frontales, que montaron los sureños contra Reagan y a favor de un candidato a quien ellos creían que «le importaba una mierda» casi todo lo que no fuera llegar a la presidencia (34). Sin embargo, la estrategia fue un gran éxito en otro respecto. Hasta el mismo momento de la votación, Reagan obligó a Dent, a Buzhardt y a los demás a trabajar sin descanso para contrarrestar su propio encanto y los persistentes rumores de una traición de Nixon, pero la misma necesidad de tales esfuerzos les ganó en efecto la gratitud y la atención del futuro presidente. Desde el día anterior a la votación hasta que ésta comenzó, la mayoría de los rumores (avivados e inflados tanto por Reagan como por Rockefeller) que amenazaban las posibilidades de Nixon tenían que ver con su elección de candidato a vicepresidente. Durante la convención circulaban rumores de que Nixon iba a equilibrar su candidatura con un candidato liberal y por tanto inaceptable para las filas sureñas. La intensidad de estos rumores culminó la misma tarde de la votación, cuando el *Miami Herald* publicó una noticia alegando que Nixon ya había elegido a Mark Hatfield, un senador liberal de Oregon, como su acompañante. Los sureños se vieron obligados a predicar con el ejemplo y apostar su propio dinero para mantener el orden en sus delegaciones: Dent localizó al autor del artículo y, delante de la delegación de Louisiana,

(33) CHESTER, (1969): 434; SHADEGG, (1969): 200.25.

(34) WHALEN, (1972): 175; RUSHER, (1984): 213.217; RUSHER, entrevista con el autor; KEENE, entrevista con el autor.

le apostó trescientos dólares a que su noticia estaba equivocada; Reed retó a los suyos de Mississippi a apostarle cien dólares cada uno, y Howard Callaway puso orden entre los de Georgia intimidándoles con la misma táctica (35).

De hecho, la cuestión de la vicepresidencia no se había tocado durante las negociaciones entre Nixon y sus partidarios sureños antes de la convención. Incluso durante la convención, Nixon sólo le había prometido a Thurmond que elegiría un «candidato nacional», en otras palabras, alguien que no ofendería las sensibilidades sureñas. No obstante, durante las tensas horas que precedieron a la victoria de Nixon, Thurmond y Dent alegaron que el primero tenía suficiente poder para imponerle a Nixon un compañero de candidatura. Desde luego, Nixon nunca había prometido tal cosa y según algunas versiones había decidido elegir a Spiro Agnew, entonces gobernador de Maryland, ya en mayo (36). Sin embargo, el hecho realmente notable es que Thurmond, en realidad, jamás ejerciera tal poder y renunciara a aumentar su prestigio personal y su atractivo político hacía sus electores mediante un intento de imponerle a Nixon un candidato determinado. Y es que el líder del sur conservador era plenamente consciente de que las posibilidades de victoria de Nixon se basaban directamente de su capacidad de mantener la unidad del Partido Republicano en apoyo de su candidatura. Thurmond había decidido aceptar, dentro de ciertos límites, que el compañero de candidatura que eligiera Nixon no fuera del agrado de sus propias bases. Una vez más, el desastre de Goldwater proyectaba una larga sombra.

En vez de obligar a Nixon a aceptar un candidato vicepresidencial, el senador de Carolina del Sur elaboró dos listas de nombres. La primera contenía los nombres de candidatos liberales inaceptables (a saber, Rockefeller, George Romney, gobernador de Michigan, y el senador Mark Hatfield); la otra incluía los nombres de los conservadores preferidos: Ronald Reagan y los senadores Tower y Baker, George Bush padre, Howard Griffin y Thruston Morton. Los nombres de la segunda lista son de por sí bastante reveladores: Bush, Griffin y Morton eran vistos por casi todos como figuras moderadas más que conservadores. Es decir, Thurmond se había abstenido de intentar imponer a Reagan, o en otras palabras, se había negado a presionar en favor del candidato que él sabía que haría las delicias de sus propias filas. Mientras el debate sobre las posibles opciones continuaba en torno a candidatos inaceptables para una u otra facción republicana Thurmond fue aún más lejos y elaboró una tercera lista que incluía candidatos que no eran, como Reagan, la primera preferencia del sur o ni siquiera «aceptables», como el resto de la lista de nombres adecuados, pero que aun así no provocarían «protestas». Spiro T. Agnew, el gobernador del estado de Maryland, limítrofe entre el sur y el norte y que a final sería el elegido de Nixon, estaba en esa lista (37).

(35) CHESTER, (1969): 474.

(36) DENT, (1978): 104; CHESTER, (1969): 482; SHADEGG, (1969): 212.

(37) CHESTER, (1969): 487; DENT, (1978): 103.

Un poco más tarde la misma noche en que Nixon se había reunido con Thurmond para hablar de las opciones vicepresidenciales, el candidato se había reunido también con dos representantes del grupo de Atlanta: O'Donnell y Tower. En esa ocasión Tower sí presionó a Nixon para que eligiera a Reagan, pero ni él ni O'Donnell lo hicieron por motivos de solidaridad conservadora. Los asuntos tratados en aquella reunión eran de un orden mucho más pragmático: en la campaña venidera la principal amenaza a Nixon en el sur, y durante algún tiempo en el norte también, fue la inminente candidatura de George Wallace, el ultraconservador gobernador de Alabama, y el razonamiento de los sureños era que Reagan sería el mejor candidato para atraer los votos que Nixon podría encontrar a su derecha, y por tanto el mejor candidato para compensar el atractivo de Wallace (38). Nixon se quedó con Agnew y con la unidad del partido. Una razón importante era que Nixon sabía que Agnew también podría «vender condenadamente bien» en los feudos sureños de Wallace (39).

Sin embargo, no se puede hacer suficiente énfasis en que Agnew era prácticamente desconocido fuera de su estado natal. En la medida en que se le conocía, era como estrecho colaborador de Nelson Rockefeller, es decir, como un miembro del ala liberal-progresista del Partido Republicano. En apariencia, la principal virtud de Agnew era su vinculación a un estado limítrofe del sur, y por tanto no plenamente norteamericano. Además, Agnew alcanzó cierta notoriedad a causa de su gestión de los disturbios raciales de Baltimore en abril de 1968, una gestión incompetente hasta tal punto de enfurecer (y de ganarse la antipatía) a todos los líderes importantes del movimiento por los derechos civiles de los negros. Evidentemente, en el ambiente cargado de 1968 un compañero de candidatura que fuera a la vez considerado liberal en términos generales y fuera aborrecido por los líderes en derechos civiles podría ser extremadamente útil para atraer al electorado conservador sureño sin enajenar a los moderados norteamericanos. En cualquier caso, en 1964 Barry Goldwater se había enfrentado a la oposición combinada de su adversario demócrata y de toda el ala liberal del Partido Republicano encabezada por Nelson Rockefeller. A diferencia de Goldwater, Richard Nixon en 1968 pudo evitar ofender a los liberales – todavía influyentes – dentro del Partido Republicano y pudo presentarse contra Hubert Humphrey con el apoyo de un Partido Republicano unido y con la capacidad de atraer al voto moderado del norte y al conservador en el sur.

No sorprende sin embargo que hombres como los influyentes William Rusher, William Buckley y los otros líderes del movimiento conservador se enfurciesen por la selección de Agnew (40). Los sureños habían impedido que sus propias delegaciones, y el resto de las facciones del movimiento conservador, descarrilasen la candidatura de Nixon o le impusieran a Reagan como compa-

(38) CHESTER, (1969): 488-489.

(39) «ACU Statement of Lawlessness and Riots» (sin fecha, circa agosto 1969?, F.ACU, box 57, Marvin Liebman Papers, Hoover Institution, Stanford University, Palo Alto, California; «Wallace Again», *The Republican Battle Line*, enero 1970.

(40) WHALEN, (1972): 198; EDWARDS, (1999): 161-164; RUSHER, (1984): 214-216.

ñero de candidatura. En términos prácticos, los conservadores no tenían más remedio que seguir el ejemplo de los sureños porque, a parte de gente como Thurmond, Dent o Tower, el movimiento carecía de voz política en Washington DC. La autoridad de estos hombres dentro del movimiento era demasiado sólida para arriesgarse en un enfrentamiento directo y, lo más importante, contaban con la lealtad de la gran masa de los blancos conservadores sureños. Y como lo expresó el veterano periodista Theodore White, después de 1964 «los sureños estaban hartos de gallardas causas perdidas; querían ganadores» (41).

5. CONCLUSIÓN

Durante las primarias de 1968, por primera vez, la ideología conservadora propugnada por la mayoría de la cúpula republicana sureña dejó de impedir que participasen plenamente en la política nacional. Hasta entonces, los líderes del sur blanco y conservador no habían tenido más remedio que conducir políticas radicales que eran necesarias para mantener su apoyo popular entre el electorado y los activistas de base pero los alejaban de cualquier influencia efectiva sobre la conducción de la política nacional en materia racial. El poder real exigía niveles transigencia y flexibilidad que podían ser fatales para la reelección. El año 1968 representó el principio del fin del radicalismo sureño de post-guerra. Harry Dent mostraba una claridad cristalina al respecto y no tenía reparo en reconocer que ya en 1968 «la estrategia sureña que imaginábamos estaba pensada para conseguir los fines del poder sureño dentro de los consejos ejecutivos del gobierno nacional» (42). En última instancia, Strom Thurmond y sus aliados en el Congreso, a diferencia de la mayoría de los dirigentes del movimiento conservador pero igual que Richard Nixon, habían dejado de comportarse como ideólogos y habían comenzado a operar como políticos pragmáticos (43). De hecho, los sureños republicanos se opusieron deliberadamente a sus correligionarios conservadores. Con sus acciones, Thurmond y sus compañeros sureños no sólo lucharon a favor de Nixon, sino también contra la amenaza que para Nixon representaba Reagan, el hijo predilecto de los conservadores (44). Sin embargo, como demuestra claramente la prensa conservadora, el núcleo del movimiento conservador siguió asociándose con esos rebeldes líderes políticos sureños y continuó considerando los éxitos sureños como propios (45). Por asociación, el

(41) WHITE, (1968): 241; CHESTER, (1969): 488.

(42) DENT, (1978): 8.

(43) BARTLEY, (1975): 395.

(44) DENT, (1978): 198-207.

(45) CANNON, (1982): 162-164; CHESTER, (1969): 436-450,457-470; «Thurmond to play a vital role», *Battle Line*, (Diciembre 1968); «Thurmond the Kingmaker», *Battle Line*, (Diciembre 1968); «Internal Memorandum», Group Research Papers, Columbia University, Nueva York; RUSHER, entrevista con el autor; BUCKLEY, entrevista con el autor.

movimiento conservador empezó a alejarse poco a poco de la política radical y acercarse a estrategias políticas más respetables. A puerta cerrada, los conservadores nunca dejaron de notar que el «horizonte» de Nixon no se extendía «más allá de la elección» y sin embargo ya en la víspera de la elección general, los medios conservadores encabezados por la semanal *National Review* y por el diario *Human Events* dieron el paso sin precedente de respaldar a un candidato presidencial: Richard Nixon (46). No podía ser más nítido el contraste entre el comportamiento de Thurmond en 1968 y su estrategia en 1948 y 1964. En vez de ocuparse en una campaña simbólica destinada en gran parte al fracaso, los republicanos sureños representaron un papel clave dentro de la estrategia de Nixon. Los sureños contribuyeron a conservar la imagen, sumamente importante, de unidad del partido y permitieron que Nixon apelara a los votantes moderados y centristas (47). Sin embargo, aun cuando la estrategia sureña de Nixon y su apoyo a los conservadores sureños siguió, por lo menos al principio, una estrategia de conveniencia política impulsada por la necesidad más que por un auténtico compromiso con el conservadurismo o con las reivindicaciones sureñas, sigue resultando incuestionable que la administración Nixon tuvo el doble efecto de prestar el prestigio de la presidencia al principal grupo político que sostenía el avance del movimiento conservador, al mismo tiempo que contribuía a hacer del Partido Republicano una opción respetable para los conservadores blancos sureños. En términos de política presidencial y con la excepción de Jimmy Carter, el sur se mantuvo firmemente republicano durante más de dos décadas después de las elecciones de 1968. El paso que lleva de elegir un presidente que se supone designado por las fuerzas de la reacción sureña a elegir al campeón autoproclamado del conservadurismo sureño equivale, después de todo, a cubrir la distancia que separaba a Richard Nixon de Ronald Reagan.

6. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias: archivos

Patrick Buchanan Papers, Richard Nixon Presidential Papers, National Archives, Washington D. C.

Group Research Papers, Columbia University, New York.

Marvin Liebman Papers, Hoover Institution, Stanford University Palo Alto

Fuentes primarias: entrevistas

Entrevista con William Buckley, 25 julio, 2005, New York.

Entrevista con David Keene, 24 agosto, 2005, Washington DC.

Entrevista con William Rusher, 21 marzo, 2006, por teléfono.

(46) WHALEN, (1972): 179; JUDIS, (1988): 278-297.

(47) WHALEN, (1972): 178-180; CHESTER, (1969): 465, 486-487.

Fuentes primarias publicadas: Revistas y periódicos

Battle Line

National Review

St. Louis Post-Dispatch

The Washington Post

7. BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AMBROSE, STEPHEN E., (1989): *Nixon: The Triumph of a Politician 1962-1972*, New York, Touchstone Books.
- BADGER, TONY, (1999): «Southerners who refused to sign the Southern Manifesto», *The Historical Journal*, 42, No. 2, pp. 517-534.
- BARTLEY, NUMAN V., (1995): *The New South 1945-1980*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- BLACK, EARL and BLACK, MERLE, (2002): *The Rise of Southern Republicans*, Cambridge, Belknap Press.
- BLUMENTHAL, SYDNEY, (1980): *The permanent campaign: Inside the world of elite political operatives*, New York, Beacon Press.
- BRENNAN, MARY C., (1995): *Turning Right in the Sixties*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- CANNON, LOU, (1982): *Reagan*, New York, Perigee Trade.
- CARTER, DAN, (1995): *The Politics of Rage: George Wallace, The Origins of New Conservatism, and the Transformation of American Politics*, New York, Simon & Schuster.
- CHESTER, LEWIS, HODGSON, GODFREY, and PAGE, BRUCE, (1969): *An American Melodrama: The Presidential Campaign of 1968*, New York, Viking Press.
- DENT, HARRY S., (1978): *The Prodigal South Returns to Power*, New York, John Wiley & Sons Inc.
- EDWARDS, LEE, (1967): *Reagan: A Political Biography*, San Diego, Viewpoint Books.
- (1999): *The Conservative Revolution. The Movement that Remade America*, New York, Free Press.
- HOROWITZ, DAVID ALAN, (1988) «White Southerners Alienation and Civil Rights: The Response of Corporate Liberalism», *The Journal of Southern History*, 54, No.2, pp. 173-200.
- JUDIS, JOHN B., (1988): *William F. Buckley. Patron Saint of the Conservatives*, New York, Simon & Schuster.
- KOTLOWSKI, DEAN J., (2001): *Nixon's Civil Rights: Politics, Principle and Policy*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- MIDDENDORF, J. WILLIAM, (2006): *A Glorious Disaster. Barry Goldwater's Presidential Campaign and the Origins of the Conservative Movement*, New York, Basic Books.

- O'REILLY, KENNETH, (1995): *Nixon's Piano. Presidents and Racial Politics from Washington to Clinton*, New York, Simon & Schuster.
- PRICE, RAYMOND, (1977): *With Nixon*, New York, Viking.
- Public Papers of Richard Nixon: 1970* (Washington DC, 1972).
- RUSHER, WILLIAM, (1984): *The Rise of the Right*, New York, William Morrow & Co.
- SANDERS, RANDY, (2002): «Rassling a Governor: Defiance, Desegregation, Claude Kirk, and the Politics of Richard Nixon's Southern Strategy», *Florida Historical Quarterly*, 80, No. 3, pp. 332-359.
- SHADEGG, STEPHEN C., (1969): *Winning's a Lot More Fun*, London, McMillan.
- WHALEN, RICHARD J., (1972): *Catch the Falling Flag: A Republican's Challenge to His Party*, Boston, Houghton Mifflin.
- WHITE, F. CLIFTON and JEROME TUCCILLE, (1994): *Politics as a Noble Calling. The Memoirs of F. Clifton White*, Ottawa, Jameson Books.
- WHITE, THEODORE H., (1968): *The Making of The President 1968*, London, Atheneum.
- WILLS, GARRY, (1970): *Nixon Agonistes: The Crisis Of the Self-Made Man*, New York, Houghton Mifflin.